

EL CRIMEN Y LA INFORMACION

Por Sebastián SALAZAR BONDY

En 1956, año que pasé en Francia, se suscitó en la prensa de París un debate en torno a la moralidad o inmoralidad de la llamada "crónica roja". Un joven había dado muerte en un parque de las afueras a una pareja de enamorados, ensañándose previamente con sus víctimas. El asesino — como es habitual, un neurópata — mereció de la prensa sensacionalista la más amplia publicidad, aún la de la entrevista en televisión. Los cadáveres fueron exhibidos profusamente en las páginas de los periódicos empeñados en lograr circulación en base a la truculencia de sus informaciones. La reacción vino en seguida. Hubo editoriales en los diarios y revistas serios, hubo encuestas entre los educadores, sociólogos, psicólogos y otros expertos. La conclusión fue una sola: es inmoral remover la morbosidad de los lectores a propósito de un hecho de sangre, y es, además, un atentado contra la infancia y la juventud servir ese tóxico en las páginas impresas que están al alcance de quienes no tienen defensa contra el abuso de la expresión periodística.

Comparto esa opinión. Es necesario informar acerca de los crímenes, de los sucesos policiales, pues la prensa cumple una función específica e insoslayable en cuanto a la transmisión de todo lo que acontece en el variado ámbito de la vida buena y mala del país, pero ofrecer, como lo han hecho ciertas publicaciones diarias de Lima en relación con un patético caso de filicidio, una abundante descripción escrita y gráfica del horror, constituye un grave atentado contra la sensibilidad y los sentimientos. El desdichado delincuente obró en el vórtice de una crisis, oscurecida su mente, paralizados sus afectos, enfermo, en una palabra. ¿Qué beneficio se saca — aparte de utilizar como una mercadería de amplia y reprobable demanda — con tal exceso? Tanto valdría llenar las páginas de los periódicos con relatos pornográficos, grabados coprolálicos, chistes sicalípticos y otro género de temas justamente vedados. Informar sobre un crimen no equivale a complacerse en él, en sus aspectos más tristes.

Las publicaciones a las que aludo tienen páginas dedicadas a la mujer, al escolar, a la cultura, que leen los menores. Al lado de esas columnas va un día, no sólo la escueta noticia de un crimen (que, después de todo, ilustra acerca de la condición humana y su debilidad), sino la más prolija relación de todos sus detalles. Todo lo que se hace con la mano, se borra con el codo. La figura se llama consecuencia. Aparejar la educación con la deformación es prueba de ciertas fallas íntimas que, por hacerse públicas en la multiplicación que opera la rotativa, son más que peligrosas...